

ABRAZAR LA LLAMADA A VIVIR CON SENTIDO DESDE LO ESENCIAL

Liliana Franco, ODN¹

Resumen

Esta reflexión entrelaza experiencia, contemplación y compromiso. A partir del encuentro con la hermana Alba, religiosa de 87 años que irradia plenitud y sentido, se revela que no puede haber separación entre fe y vida: la existencia misma es el lugar donde se fragua la fe. En diálogo con la simbología del fogón wayuu, se advierte que la Vida Consagrada necesita reavivar el fuego interior, recuperar la pasión y el tejido comunitario que alimenta el sentido. Vivir al modo de Jesús implica dejarse habitar por el Espíritu, discernir los signos del tiempo y actuar con compasión en medio de un mundo fragmentado y cansado. El itinerario espiritual es, ante todo, un camino de apertura y silencio fecundo. El silencio, más que ausencia de palabras, es espacio de escucha, lugar de revelación y encuentro. Desde ahí se aprende a ver a Dios presente en todo, especialmente en los que sufren. Finalmente, la experiencia de Nicodemo enseña que lo esencial exige “nacer de nuevo”: reavivar el amor, dejar que el Espíritu renueve la vida y permita reconocer en cada acontecimiento la presencia transformadora de Dios, que da sentido, plenitud y esperanza.

Palabras clave: Espiritualidad, Encuentro, Sentido, Conversión, Amor.

1. Se llama Alba

Este fin de semana participé del Jubileo de la Vida Religiosa en la ciudad de Santa Marta, me acogieron las hermanas Salesianas. La Escuela Normal que dirigen es muy bella y antigua, sin embargo, las columnas que la sostienen estaban debilitadas por esa razón, las hermanas se han visto obligadas este año, a iniciar un proceso de reconstrucción de la planta física que les ha supuesto reorganizar espacios y estructuras para mantener la misión. Allí vive desde hace mucho tiempo la hermana Alba Marina Sabat

¹ Mujer, hermana y discípula. Trabajadora Social, Universidad de Antioquia. Doctora en Teología, Universidad Pontificia Bolivariana.

Selman, es de origen palestino, pero ella nació en Barranquilla, tiene 87 años y el cuerpo hecho un relato de ofrendas y plenitud.

No nos habíamos visto antes, sin embargo, al llegar a su casa me abrazó y me bendijo. El gesto me conmovió. Durante las 20 horas que estuve allí, la observé orante, diligente, amorosa, capaz de relatos que sostienen la memoria, lúcida en sus apreciaciones y toda una educadora de la bondad. Su cuerpo menudo y acariciado sin tregua por el peso de los años, se convirtió en la narración que me evidenció lo que significa vivir con sentido y desde lo esencial.

Al verla vivir, se me hizo nítida la convicción, no puede haber dicotomía entre fe y vida. La historia de nuestra existencia, de nuestras opciones, es la historia de nuestra fe. Lo esencial se fragua con sentido, en lo profundo, cuando nos zambullimos por los recodos de la interioridad y permitimos que nos sorprenda la hondura que siempre, sin excepción, se nos presenta hecha pascua y nos lanza a dar la vida. Es la experiencia del amor la que configura el corazón y determina las opciones y las acciones. El seguimiento a Jesús sólo puede brotar de una experiencia de amor que se traduce en un estilo de vida.

Al despedirme de la hermana Alba, ella estaba frente al mar, viendo el horizonte, me bendijo nuevamente. Creo que no es coincidencia que se llame Alba, es sin duda una de esas mujeres que le madrugan a la vida y a las que el ocaso encuentra viviendo con sentido, para lo esencial y desde la plenitud del amor.

2. Sin fogón hay hambre

Los indígenas Wayuu, consideran el fogón como un elemento que los congrega a todos, que forja la unidad y en torno al cual se desarrollan los diálogos vitales, esos que determinan los criterios, los valores, los hábitos. Ellos creen que la ausencia del fogón atrae el hambre. Con frecuencia pienso, que realmente lo que nos falta en la Vida Consagrada es fuego, pasión, tejido común en el que se recree el entusiasmo vital y renazca la esperanza. Si no hay fogón hay hambre y si se apaga el fuego, se acaba el sentido.

Reavivar el fuego, recrear los deseos es la condición para una vida en la plenitud del sentido y con conciencia de lo esencial, que casi siempre es tan sencillo y vital.

“Todos compartimos este carácter infinito del deseo, puesto que, aunque nuestras aspiraciones concretas suelen ser distintas, la dinámica que subyace es siempre la misma. Y no todas las concreciones llenan el anhelo existencial que tenemos. Algunas nos dejan vacíos en lo que a ese deseo existencial, a ese “siempre más”, respeta. Otras se quedan a medio camino. Y, finalmente, las hay que sí nos permiten bajar a la profundidad de nosotros mismos y realizarnos como seres humanos. Para saber cuáles son debemos preguntarnos cuál es nuestro destino, por qué y para qué vivimos. El mejor deseo será el que mejor responda a ese por qué y a ese para qué que constituyen el anhelo último de nuestro corazón²”.

Todas/os estamos hechos de encuentros, de vivencias profundas en las que se va configurando nuestro ser, al ritmo de nuestros deseos y de las prioridades de nuestro corazón. El encuentro con Jesús hace arder el corazón, el fuego se multiplica y comprendemos, que el sentido habita, allí, donde está lo que aviva el trasegar vital. “Es este amor increíble y a la vez apacible, atrayente, lo que nos implica personalmente y nos fascina, lo que expresa la verdadera belleza que salva. Este amor es fuego devorador y no cabe resistirse a él³”.

La espiritualidad que subyace al encuentro de Jesús con Nicodemo está habitada por el deseo que lanza a atravesar la noche para favorecer el encuentro. La iniciativa la toma Nicodemo, la fuerza de su deseo hace posible el milagro de la relación. Él renuncia a la distracción de las prácticas religiosas y se pone en camino hacia Jesús, porque desea encontrar lo que le centre y le haga arder el corazón. Tiene sed de sentido, le urge la novedad que brota del amor.

3. Al modo de Jesús

“Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama. ¡Abba, Padre!⁴”. Sin el Espíritu, no hay auténtico seguimiento de Jesús,

² Medina, *Atraídos por lo humilde*, 16-17.

³ Martini, *¿Qué belleza salvará al mundo? Carta pastoral 1999-2000*, 35.

⁴ Gálatas 4,6.

ni *kairós* eclesial. Al ritmo del Espíritu, nos encontramos con nuestra verdad más profunda, se desvelan nuestras tibiezas, conformismos y parálisis. Es el Espíritu el que concede el don de la conversión y esta supone discernimiento, atención a la realidad, capacidad de escuchar el clamor de Dios, en los gritos permanentes que resuenan en la historia. La experiencia de sabernos habitados por el Espíritu nos lanza más allá de los propios análisis y reflexiones. Supone que nos situemos en contexto, y nos dejemos permear por la realidad y reconociendo que en ella Dios se manifiesta y actúa.

La espiritualidad cristiana tiene un carácter dinámico e histórico. Dios es el eterno Creador, no para de crear y cuenta con nosotras/os como co-creadores, es decir nos necesita en la historia, en la realidad, con los pies en la tierra, salpicados por el polvo de los caminos. Nuestro Dios se encarnó, aconteció en nuestra historia y desde entonces, esa experiencia nos pone de cara a la exigencia de que la fe esté unida a la vida y se constituya en un estímulo para la acción.

La espiritualidad cristiana nos conduce a un estilo de ser y de estar en el mundo. Se traduce en gestos, en opciones, en modos. Eso fue lo que me susurró sin palabras, la vida menuda y frágil de la hermana Alba. La vi haciendo suyo el modo de Jesús. Ese modo que se bebe en el Evangelio, saboreando la Palabra, contemplando la Persona de Jesús y escudriñando en la historia, en la realidad y entre las/os pobres, sus rasgos.

Contemplar a Dios en la vida, nos ubica en la lógica de lo profundo. Contemplar es un verbo y nos sitúa en la lógica de la acción, lejos de toda pasividad que paraliza. Nos pone en movimiento, nos saca de nosotras/os. Nos ubica en la dinámica de la encarnación. Nuestro Dios, es un Dios que mira. En la contemplación de la Trinidad que propone San Ignacio de Loyola en los Ejercicios Espirituales, Dios está mirando al mundo en su complejidad, en su fragilidad y se determina a salvarlo. A hacer redención de la humanidad, y para eso se abaja, se agacha. Lo primero es ver, es contemplar, es conmoverse, "afectarse". De ahí surge el movimiento, la salida. La amorosa mirada que hace posible la efectiva compasión.

Bauman ha dicho que esta es una sociedad líquida, Lipovetsky la ha llamado porosa, Mardones fragmentada, Yun Chul Han, ha dicho que es

la sociedad del cansancio. Lo cierto es que es la nuestra, en ella nos corresponde vivir. Y como repetidas veces lo insinuó el papa Francisco este "mundo contemporáneo está en continua transformación y se encuentra atravesado por múltiples crisis." A nosotras/os, inspirados por nuestro Dios Trino, lo que nos corresponde es mirar a lo profundo de nuestro mundo en crisis, en transformación. Contemplar para movernos a compasión, a acción solidaria, a compromiso real. Estar con Él, para partir la vida por amor a los demás.

4. Un silencioso itinerario de apertura

El sentido se configura en lo profundo de la espiritualidad y ella supone un itinerario de apertura. Nos ubica en salida y nos dispone al compromiso; se trata de una nueva mirada contemplativa. La capacidad contemplativa incluye todas las demás dimensiones de la vida, todas se dan cita en torno a ella. Por eso, no es un apéndice, un compartimento que se reduce a espacios de oración, es una actitud que nos sitúa de manera nueva ante la vida y nos libera de la prisa, la rigidez de la agenda, el activismo desenfrenado.

Una vivencia espiritual auténtica nos dispone al cambio, a la conversión permanente y requiere de un desborde místico que nos conduce a peregrinar, lo nuestro, es peregrinar: al interior sin tregua, y al exterior sin excusa. Poner la mirada en Jesús, estar con Él, nos moviliza, nos lanza, nos pone en camino. Nos sitúa allí donde el silencio hace posible que resuene la Palabra, donde la humildad nos permite reconocernos necesitados, donde la fragilidad nos hace recibirlo todo como gracia.

Ese lugar geográfico y existencial en el que nos encontramos es el lugar de la manifestación de Dios: Él acontece en todo y en todos. Sólo abrir los ojos y lo reconocemos. Dios está en todo por presencia y por ausencia. Porque todo nos grita su nombre o porque toda evidencia que se le necesita. Dios se manifiesta en lo cotidiano, incluso la cotidianidad colmada de complejidad y sufrimiento. Ahí está, justo con las víctimas, del lado de los que sufren. Sólo abrir los ojos y verlo.

Nuestra espiritualidad, nos exige tener los ojos abiertos. Dios clama desde la historia y en lo profundo de la sociedad. La realidad es compleja es un

entretejido variopinto, repleto de diversidad y desafíos, pero ahí, en lo profundo, donde lo humano clama por oportunidades, ahí está Dios.

Hoy estamos llamadas/os a una experiencia espiritual que nos devuelva el sentido y ancle en nosotras/os la consciencia de lo esencial. Una espiritualidad con cuatro características: fundamentada en la experiencia de Dios, alimentada por la mística, encarnada en la realidad, avocada al compromiso. Una espiritualidad así hará posible experimentar el abrazo de Dios, que restaura y fortalece; el abrazo, que "abrasa" y lanza a la tarea impostergable del Reino. La vivencia de una profunda espiritualidad nos conduce a optar con Él y como Él, por El Reino, por lo plenamente humano, por la persona en todo su milagro y su miseria, por lo comunitario, por lo que se construye con otras/os.

Para que acontezca la conversión y nos capacitemos para percibir lo esencial, es necesario el silencio. Pero, no ese silencio pasivo que paraliza y acomoda, sino el silencio capaz de fecundar, ese en el que resuenan los acontecimientos, y el Espíritu acontece liberándonos de la velocidad, la superficialidad y la fragmentación a la que culturalmente nos vamos acostumbrando. En ese silencio fecundo, se fundamenta la mirada realista y esperanzada de la realidad, esa que nos permite acoger en verdad lo que somos, personal e institucionalmente.

En su libro: El pequeño camino de las grandes preguntas, el Cardenal José Tolentino Mendoza dice:

Creo que es absolutamente urgente visitar con otro aprecio los territorios de nuestros silencios y hacer de ellos lugares de intercambio, de diálogos, de encuentros. El silencio es un instrumento de construcción, una lente, una palanca... Somos analfabetos del silencio y ese es uno de los motivos que nos impiden encontrar la paz. El silencio es un vínculo de unión más frecuente de lo que imaginamos, y más fecundo de lo que creemos. El silencio lo tiene todo para convertirse en el saber compartido sobre lo esencial. Para eso es necesaria una iniciación al silencio, que equivale a una iniciación al arte de escuchar.

En una cultura de aluvión como la nuestra, la escucha verdadera sólo puede configurarse como una resignificación del silencio, un retroceso crítico ante el

frenesí de palabras y mensajes que a cada minuto pretenden aprisionarnos. El arte de escuchar es, por eso, un ejercicio necesario de resistencia”⁵.

Hay preguntas fundamentales, que sólo en el silencio y en el encuentro con Jesús, podremos responder de corazón. Recrearnos en esperanza, escuchar a Jesús para reconocer al eco de su voz por dónde está la vida nueva, requiere de silencio. Su modo, sólo es posible aprenderlo en el silencio y ahí, en esa orilla de lo profundo, poco a poco se va revelando lo esencial.

5. Las prioridades del corazón

Jesús y Nicodemo nos enseñan que para transitar la ruta hacia lo esencial se hace necesaria una nueva mirada contemplativa, más teológica y encarnada, más capaz de reconocer al Dios que acontece en el territorio de lo humano y que invita a la plenitud de la relación.

Nicodemo representa al grupo de los judíos que eran correctos, piadosos, cumplidores de la ley y sinceros, pero que no llegaban a comprender todo lo que Jesús hacía y hablaba. Él quiere conversar con Jesús para poder entender mejor las cosas de Dios. Jesús hace percibir a Nicodemo que la única manera de que alguien pueda entender las cosas de Dios es inaciendo de nuevo!, naciendo del Espíritu. Hoy acontece lo mismo. Algunas/os, como Nicodemo, aceptan como nuevo lo que está de acuerdo con sus propias ideas. Lo que se fundamenta y arraiga en lo de siempre, en lo que por tradición han aprendido. Otros se dejan sorprender por los acontecimientos y se hacen aptos para leer la acción de Dios en la vida, van más allá, por el territorio de lo incierto, hasta el lugar en el que lo esencial se revela casi siempre en estado germinal y no tienen miedo de un nuevo nacimiento, aunque este suponga una dosis de pascua.

Nicodemo era una de esas personas que se interesan en los milagros de Jesús. Tenía buena voluntad, pero su fe era aún imperfecta. La conversación con Jesús le va a ayudar a percibir que debe dar un paso más para poder profundizar su fe en Dios. Sería muy importante preguntarnos: ¿Cuál es ese paso más para profundizar nuestra fe en Jesús, para cultivar nuestra relación con Él?

⁵ José Tolentino Mendonça, *El pequeño camino de las grandes preguntas*. Barcelona: Fragmenta Editorial, 2020, 73.

Amor que no se cultiva se acaba, fuego que no se aviva se apaga, cita que no se cumple desdibuja el rostro del amado. Dadas las prioridades de nuestro día a día, que tan nítido o desdibujado está el rostro de Dios. ¿Cuál es el paso más? ¿Cuál el paso de fondo para cuidar de lo fundamental de nuestra vocación y nacer de nuevo?

Jesús extrema su misericordia con Nicodemo, le propone un cambio grande, le amplía el horizonte, le invita a la reflexión, a la búsqueda de caminos nuevos, formas más acertadas para dejar que acontezca en él, la novedad del Espíritu. Hoy Jesús nos invita a crecer en sensibilidad, a la mística de los sentidos, para percibir lo que está naciendo. Este último tiempo de nuestra vida ¿qué está naciendo en nosotras/os?, ¿en nuestras Congregaciones? ¿en la Vida Consagrada del Continente?

Jesús llega, irrumpe para devolvernos el aliento vital, el sentido; hace que se recreen las posibilidades, nos llena de gozo y da nuevo norte a la existencia. Es claro, que cuando disminuye la intensidad de nuestra relación con Dios, somos incapaces de crear nada nuevo. La novedad brota del encuentro, el sentido surge en el arte de la amorosa relación en la que se va ordenando el corazón, lo esencial se hace evidente cuando el corazón sabe a quién le pertenece.

Bibliografía:

Martini, Carlo. *¿Qué belleza salvará al mundo? Carta pastoral 1999-2000*. Estella: Verbo Divino, 2000.

Medina, Marta. *Atraídos por lo humilde*. Madrid: PPC, 2018.

Mendonça, José Tolentino. *El pequeño camino de las grandes preguntas*. Barcelona: Fragmenta Editorial, 2020.